En el País de Varela

Articulo publicado: 2009-10-07 10:41:38 |

En el principio...fue la Palabra

El redescubrimiento de que en el país existen miles de personas con la calidad de analfabetos arroja nuevas luces sobre antiguas sombras, las sombras de la exclusión y de la pobreza. Pero también las sombras de una sociedad que puede existir sin que una parte importante de sus integrantes sepan, o recuerden, leer y escribir.

Politólogo Ernesto Nieto

En las estadísticas internacionales figurábamos con los niveles más bajos de analfabetismo, lo cual, “en el país de Varela”, parecía una justa calificación. Sin embargo el Plan de Emergencia puso sobre la mesa una nueva realidad, existen miles de personas en todo el país, y que no aparecían en las antiguas estadísticas, que no saben/no recuerdan cómo es esa cosa de leer y escribir.

Es que para acceder al beneficio del PANES hay que firmar, y allí comenzaron a aparecer cientos y cientos de registros en todos los departamentos donde los beneficiarios colocaban su huella digital, alguien comenzó a sospechar que algo diferente sucedía con esa gente. Y algo, efectivamente estaba pasando, no sabían, o no se acordaban de cómo firmar.

Las cifras registradas dicen que son algo más de 38.000 personas en todo el país las que están en esta condición, de las cuales unas 860 están en nuestro departamento. Sin embargo es muy probable que la cifra sea aún mayor. Debemos recordar que el Plan de Emergencia llega y tiene impacto sobre aproximadamente el quintil más pobre de la población, es en este quintil donde se han encontrado estos “nuevos analfabetos”, ¿acaso es impensable que en otros niveles de menor pobreza relativa existan personas en la misma condición? No solo no es improbable, sino que más bien aparece como altamente posible.

Es que estos “nuevos analfabetos” en su mayoría alguna vez fueron a la escuela, y si bien no terminaron los seis años de la misma, llegaron a aprender a leer y escribir, ¿qué es lo que sucedió entonces? Entre otras cosas que estas personas han podido seguir con su vida, formar familias, tener hijos, trabajos (aunque seguramente de los peor remunerados) y participar en la vida en sociedad sin tener necesidad de leer o escribir. Y para quienes no han desarrollado la práctica, y solo han aprendido los fundamentos elementales, la lectura, y la escritura, no son conocimientos permanentes. Así es, en la vida,

también se puede olvidar cómo leer, y cómo escribir.

Probablemente este oscuro “descubrimiento” implique un cambio en la forma de ponderar la existencia de los analfabetos en nuestro país, seguramente no sea suficiente conocer los años de estudios para calificar a las personas según esta categoría. Sin embargo, y más allá de que quizás dejemos de estar en un lugar de privilegio en el contexto de América, creo que el “hallazgo” nos aporta una cuota de sinceridad meridiana. Vivimos en una sociedad donde además de los problemas de exclusión y pobreza, tenemos también al analfabetismo como un problema más.

Ahora bien, ¿qué cosas pueden suceder para que una sociedad no les exija a sus individuos que sepan leer y escribir para desempeñarse en ella? Y no me pregunto por la exigencia institucional, sino por la cotidiana, por los hábitos diarios, por las prácticas que los individuos desarrollan todos los días. La respuesta me parece muy clara, hay un conjunto de actividades laborales y sociales que no necesitan la más mínima preparación, y a nadie parece preocuparle. Si miramos el paisaje laboral de nuestro departamento, que no es muy diferente al de buena parte del país, podemos ver que existen decenas de tareas que necesitan trabajadores, que necesitan manos, brazos, ojos, reflejos, pero no requieren lectura, no requieren escritura.

Sin embargo una sociedad de ese tipo, es decir como la nuestra, está perdiendo. Y lo que pierde es mucho más importante que lo que se puede creer. Porque unos brazos que trabajan, o unas piernas que hacer fuerza, pero que no leen o escriben, desmejoran la calidad de vida de una comunidad, y no de una sola persona. Las sociedades son lo que son sus individuos, donde estos no saben leer o escribir la palabra podrá ser dicha, utilizada como una mera herramienta de comunicación, pero no podrá ser utilizada como herramienta de liberación.

Hace casi cuarenta años que Paulo Freire escribió *“Una de las grandes (sino la mayor) tragedias del hombre moderno es que hoy, dominado por la fuerza de los mitos y dominado por la publicidad organizada, ideológica o no, renuncia cada vez más, sin saberlo, a su capacidad de decidir. Está siendo expulsado de la órbita de las decisiones. El hombre simple no capta las tareas propias de su época, le son presentadas por una élite que las interpreta y se las entrega en forma de receta, de prescripción a ser seguida”*. ¿Existe mayor renunciación posible al acto de liberación que en definitiva es la palabra, que el de negarla, al no saber leerla o escribirla?

Las palabras, que en definitiva no son otra cosa que una forma de representar las cosas, han sido echas para compartirse, socializarse, distribuirse. Desde hace décadas que los pedagogos latinoamericanos se dieron cuenta que estas palabras, debían ser de liberación, debían servir para que el nuevo hombre, un hombre libre, las pueda hacer suyas. Hoy la realidad nos muestra que miles, en este pequeño país, ya no las tienen. Es un buen comienzo, reconocerlo.